

Quebec y los separatismos

EN los últimos años se están observando unos movimientos contradictorios entre sí en diversas partes del mundo: mientras por una parte se tiende a formar nuevas aglomeraciones mayores, entidades supracorrientes, por otra se acentúan las reclamaciones de autonomía y separación de zonas minoritarias dentro de una misma nación. Quebec, donde acaban de ganar las elecciones los independentistas, es el ejemplo más actual. Montreal, en este caso, podría identificarse a otros puntos candentes del mundo donde este problema está en fase aguda: Chipre, Beirut, Belfast... La contradicción podría explicarse porque la tendencia a la mayor aglomeración se hace en detrimento de las individualidades y de alguna forma en favor de alguna de ellas que aparece como dominante. Muy pocos países (Alemania Federal, Suiza, Estados Unidos) han encontrado la fórmula que concilie la existencia de diversas etnias con sus formas de cultura y comportamiento y sus tradiciones políticas propias, dentro de una unidad mayor, que, a su vez, intenta trascender a otra mayor.

Canadá es una confederación. Su intención era asociar a los ingleses y los franceses del país por el Acuerdo Federal de 1867, pero Canadá se mantuvo dentro de la Commonwealth británica, y ello marcó un claro dominio inglés que, posteriormente, sirvió a los Estados Unidos en su penetración económica —y de costumbres—, por la facilidad del idioma. Como en Chipre, Irlanda o el Líbano, hay también una cuestión religiosa. Los franceses, o canadienses de origen e idioma francés, se mantuvieron dentro de la religión católica, la cual —también como en Irlanda— se hizo militante para rebatir la influencia protestante. Esta militancia la convirtió en conservadora y autoritaria. Desde el otro lado de la religión se acusa a los católicos de haber reducido las posibilidades económicas de su comunidad, principalmente por la elevación de la tasa de natalidad (acusaciones similares se hacen en Latinoamérica y en Irlanda del Norte). Quebec reúne en una sexta parte del territorio canadiense un tercio de la población total, con un 81 por 100 de habitantes de origen francés y religión católica. Sin embargo, los recursos económicos los tiene el 10 por 100 de la población (la minoría inglesa) y más de la mitad de sus grandes empresas son de los Estados Unidos. Los franceses de Quebec esgrimen estos datos para decir que viven bajo una colonización, y que toda su economía está dirigida en beneficio de las metrópolis ajenas (Canadá inglesa, Estados

Unidos) y, por lo tanto, en detrimento de sus habitantes y de una ordenación natural de su producción. Existe una pobreza en sus habitantes que no concuerda con la riqueza del territorio (amiante, hierro, otros minerales, uranio, elevada producción de electricidad).

El independentismo no ha dejado de manifestarse nunca. Por medios políticos y por medio de acción directa (terrorismo). El Frente de Liberación de Quebec llegó a asesinar a un ministro en 1970. Sin embargo, Quebec no ha llegado al derroche de sangre que en los otros lugares del mundo ha producido la tensión separatista. Lo ha canalizado por la vía política, y ahora acaba de ganar una baza importante: las elecciones de la Asamblea Nacional de Quebec, donde el Parti Québécois, independentista, ha ganado el 41 por 100 de los votos, que le da derecho a 70 escaños en una asamblea de 110, y, por lo tanto, el jefe del partido, Levesque, va a ser primer ministro. El partido liberal se queda sólo con 27 escaños. La Asamblea anterior daba sólo seis escaños a los independentistas y 102 a los liberales: el cambio es brutal, y se debe al sistema mayoritario de las elecciones.

Bourassa, el primer ministro derrotado —gobernaba desde 1970—, que ha perdido incluso su escaño de diputado, ha cometido un error de apreciación. Estas elecciones no era preceptivas: las adelantó él sobre la fecha legal —dentro de dos años— para asegurarse un respaldo popular y comenzar unas negociaciones con el Gobierno federal que implicarían modificaciones constitucionales en el sentido de unas "reformas" en favor de mayor autonomía de Quebec, como preferencia al separatismo del partido rival. No ha estimado que aparte del tema separatista habla otros factores contra él: la caída de la economía, la inflación, las acusaciones de corrupción gubernamental, el aumento del paro, los impuestos elevados, la deuda pública. El partido independentista ha hecho hincapié en toda su campaña en estos extremos. En cuanto a la carta separatista, la ha jugado con cierta habilidad: prometiendo un referéndum para dentro de dos años. De esta manera, además de los votos separatistas que tiene asegurados, se ha ganado los de quienes temían una secesión inmediata.

Para que el referéndum de dentro de dos años dé la victoria a los separatistas y Quebec llegue a una escisión definitiva (unida sólo al resto del Canadá por un acuerdo aduanero y unos acuerdos financieros conjuntos, según el programa del partido), será necesario que



René Levesque, líder del Partido Québécois: en la lidadura de la independencia.

antes este nuevo Gobierno consiga restaurar la economía y, por lo tanto, el nivel de vida. Es decir, que demuestre que su gobierno es eficaz y sano y que Quebec puede gobernarse a sí mismo. Para esta tarea no solamente tienen que invertir una situación que ahora es mala y liquidar la herencia que recibe del Gobierno anterior, sino que ha de vencer enemigos terribles: las grandes industrias dominadas por los Estados Unidos y por los capitales ingleses y los obstáculos que plantea el Gobierno federal, del que es primer ministro Pierre Trudeau. Este deberá administrar su ofensiva con cuidado: un exceso de hostilidad contra la provincia rebelde podría aumentar el separatismo, por reacción. Su acción sería la de paralizar los intentos de reforma del partido independentista del primer ministro Levesque, pero sin dañar a la población de Quebec directamente. De esta forma podría llegar a provocar elecciones anticipadas que tal vez invirtieran la situación de ahora. Otra fórmula es que conjure el riesgo de la secesión pura y simple proponiendo reformas constitucionales profundas que dieran a Quebec una mayor soberanía y le mantuvieran unido al Canadá por una especie de asociación. Esto es, aligerar los lazos de la federación.

La secesión de Quebec se estima en Ottawa como algo que podría ser el final del Canadá como nación, y quizá la caída definitiva en manos de los Estados Unidos.

Un periódico, el "Toronto Star", de la línea inglesa, hace esta predicción de lo que podría pasar en el país si Quebec se declarase independiente: "Todas las regiones de este país, tan laboriosamente reunidas entre sí en una estructura nacional, comenzarían a buscar en otras direcciones para salvarse. Las provincias occidentales sufrirían la tentación de los Estados Unidos. Las marítimas se desgajarían. Ontario perdería sus mercados en el resto del Canadá y sería forzada a una mayor dependencia de los Estados Unidos".

Antes de ello podrán ocurrir muchos acontecimientos. Uno de los más posibles es la caída del Gobierno federal de Trudeau y la convocatoria de elecciones generales. Trudeau llegó a su cargo de primer ministro federal en 1968: es un hombre de Quebec, de origen francés, y parecía que su elección al frente de la federación iba a resolver los problemas regionales. No lo ha conseguido. Pero sin duda él ha creído que sí, porque hace apenas unos meses declaraba cómoda y tranquilamente que "el separatismo de Quebec ha muerto". Trudeau y el partido liberal están en una profunda crisis, y, según las auscultaciones de población, atraviesan el momento más bajo de su historia. Si se ve forzado a unas elecciones, perdería. Quizá otro Gobierno, quizá otro primer ministro podrían llegar a resultados mejores en las relaciones federales con Quebec y conjurar el peligro de una secesión que podría, en efecto, hacer estallar el país.

¿Hay una lección general en los acontecimientos de Quebec? Hay una confirmación de la lección general que se está dando en otros lugares del mundo, tan distantes y distintos entre sí, con datos propios que no tienen nada en común (economías, religiones, idiomas), pero con algo que se ve como un espíritu de nuestro tiempo: los derechos de las minorías. La gran tendencia centrípeta los respeta cada vez menos. Los ciudadanos de estas minorías se ven cada vez más, efectivamente, como ciudadanos del mundo: tienen mayor vocación de ser miembros de las grandes comunidades internacionales y tienden a ciertas aboliciones de ciertas fronteras. Pero al mismo tiempo se ven constreñidos a rechazar su identidad, por la presión de otros que pretenden canalizar su impulso y beneficiarse de él. No tratan ni desean llevar su adhesión a las aglomeraciones cada vez mayores más que de una forma que es la única posible: mediante su propia afirmación de identidad y de personalidad, por la aportación de su cultura y de sus peculiaridades.

Si esta manera única de participación en unidades mayores no se ve respetada, se producen los separatismos. Y se pone en peligro todo lo que se quiere salvar. ■

JUAN ALDEBARAN.